

RESEÑA

RE

SÉRGIO ROJAS

El pasado no cabe en la historia

POR VICENTE VALLE

Universidad de Chile 

vicente.valle@ug.uchile.cl

ORCID: 0009-0000-4313-7689

REVISTA DE FILOSOFÍA
Vol. 82 (2025) pp. 481-488
DOI: 10.5354/0718-4360.2025.76447

SERGIO ROJAS. *El pasado no cabe en la historia*. Santiago: Palinodia, 2024, 280 pp.

El reciente libro de Sergio Rojas es una poderosa reflexión sobre la devastación de la idea ilustrada de historia universal de la humanidad. Esto no habría ocurrido por un simple ejercicio posmoderno que consiste en afirmar que todo es ficción, sino debido a acontecimientos cuya facticidad ha hecho colapsar cierta comprensión de la historia. Asistimos tanto al derrumbe de la concepción progresista del devenir, como a la catástrofe llevada en su nombre. La magnitud de los hechos desborda la historia entendida como economía narrativa de sentido, que hundía a la mayoría del pasado en la invisibilidad. Retrospectivamente, esta aparece como retórica del poder, que selecciona lo que merece ser recordado, operando como recurso de contención frente a la ola expansiva que inunda el presente. El pasado no cabe en la historia. Emerge desde el olvido, y la visión de los escombros se impone a lo que antaño aparecía como las jornadas épicas del sentido. ¿Qué historia es la que se desbarata en el siglo XX? Aquella que desde Europa se expandía a lo largo del planeta bajo el patrón histórico de la civilización. La crisis de la teleología que subsume en un tiempo único y total múltiples e incommensurables realidades hace emergir el pasado estallado en múltiples líneas de fuga. En Chile, el bombardeo de La Moneda expresa la destrucción del relato que daba historia al país: Villa Grimaldi y el Estadio Nacional remiten a algo que no puede ingresar en la historia universal. Es precisamente la demanda de verdad dirigida a la historia hegemónica la que le imposibilita dar cuenta del modo en que ocurrió la destrucción. Escribe Rojas: “El relato que da cuenta del Golpe de Estado y su accionar en Villa Grimaldi, no alcanza a explicar el concreto ejercicio de *la mano* del torturador (2024, p. 24)”. Si el pasado aparece protagonizado por ideas en lucha y los cuerpos como sus soportes, hoy el sufrimiento ya no cuenta con horizontes que puedan sublimarlo, carece de perspectivas consoladoras de futuro.

Bajo los encuadres y jerarquías de la historia occidental acecha una abrumadora intensidad. Sin ellas, el pasado se torna –en el límite– un cúmulo desjerarquizado que rompe con la concepción lineal y causal del tiempo. El tiempo pretérito no puede ser enmarcado, acotado ni reducido a contextos. No se dirige a nosotros, no usa el lenguaje ni es una unidad coherente. Tampoco se distancia a nuestras espaldas, sino que rodea y envuelve el presente. Pero si esto es así, ¿cómo nos subjetivamos en lo contemporáneo? Todo indica que una cuestión para abordar esto estaría en la relevancia que toma la memoria, que tendría una relación tensa con la narración historiográfica. ¿Cómo comprender esto? Por un lado, la historiografía tiene interés por el relato subjetivo, en la medida en que logra cuantificar, sopesar, compararlo con otras narraciones, circunscribiéndolas

en condiciones de posibilidad, y constatando los efectos del acontecimiento. Por otro, la memoria, más acá de presentar objetivamente el relato, procura poner en escena la intensidad de los acontecimientos. Hoy seguimos aferrándonos a la historiografía, pero ella misma titubea, quizás siendo más autoconsciente que nunca de su propia contingencia: a la vez que tiene en cuenta que al recordar selecciona lo que cree saber, actúa conforme a lo que cree ser. No se trata en el libro de cuestionar la perspectiva histórica para darle lugar a la subjetividad. Se intenta reflexionar que, si la demanda de verdad viene exigida por una violencia contenida en el pasado, esta solo puede corresponderse desde un discurso que asuma la condición literaria de la historia. Lo anterior, porque frente a la pretensión de estricta objetividad, la violencia es siempre ‘fuera de la historia’. La memoria, por su parte, es también una elaboración que la subjetividad hace, pero de su inmersión en el mundo vivido. Referida a lo que no trascendió su tiempo, queda sumida en lo que, según Sergio Rojas, ya no cabe llamar intrascendente, sino inmanente. No obstante, según una paradójica indicación, se nos dice que tal vez la escritura de esta temporalidad habrá de ser la curiosa trascendencia de nuestro tiempo.

El tiempo en que el pasado inunda a la historia tiene el nombre de *lo tremendo*. Cabe aclarar que ciertamente la historia sigue vigente como una narración maestra, ausente pero irrenunciable. Sin embargo, bajo ella se hace sentir un sinsín de experiencias diseminadas, y lo desmesurado de cada existencia. La escritura de Sergio Rojas muestra la incommensurabilidad entre los sueños, proyectos y esperanzas, y los acontecimientos que puntualmente constituyen la realidad de cada vida. El tiempo da a pensar algo estremecedor: que en la materia en rigor no hay vacíos ni tiempos muertos, que la realidad se encuentra llena consigo misma, y que el sujeto es el efecto que se sigue de la actividad de producir representaciones de lo real, ficcionando, esperando. En la intemperie de un tiempo sin relatos, necesitamos aún narrar historias para hacernos un lugar en el caos.

Recordamos más bien los ruidos de las imágenes. Y a veces, al escribir, limpiamos todo, como si de ese modo avanzáramos hacia algún lado. Deberíamos escribir esos ruidos, esas manchas en la memoria. Esa selección arbitraria, nada más. (Zambrano, 2001, p. 151)

Todo ocurre como si pese a nuestra voluntad de ser sujetos, organizando jerárquicamente la existencia, distinguiendo lo notable de lo insignificante, no supiéramos qué se recordará, ni en qué representaciones se transformará el pasado cuando se remembre como tal. A propósito de la figura del ‘joven envejecido’ de *Nocturno de Chile* de Roberto Bolaño, Sergio Rojas hace el profundo comentario de que al final de la vida se confunden los rostros que en su momento estuvieron claramente diferenciados,

lo que relativiza y quita gravedad a los intereses que fueron en cada caso calculados. Respecto de la memoria de la dictadura, hoy irrumpen en la superficie hechos y personajes secundarios de un tiempo en que no se sabía que sería ahí donde el futuro iba a reconstituir el pasado. Hoy se indaga la verdad de lo acontecido en el pasado, por si algún vericueto inadvertido pudiera llevarnos a otro lugar. En una búsqueda así, nada es *a priori* descartable, todo se vuelve igualmente relevante, en la convicción de que la historia es siempre menos que la suma de inagotables partes.

Lo nebuloso de la memoria es justamente un efecto de la inmensidad de ese pasado, siempre lleno de sí mismo, donde cada circunstancia, cada rostro, cada frase, podría ser hoy la hebra que nos conduzca hacia lugares y relaciones que permanecen inéditas. (Rojas, 2024, p. 30)

La cotidianeidad rememorada, hecha de rutinas, detalles y anécdotas inexplicablemente conservadas, es lo que aparece al intentar recordar el gran acontecimiento. Su paradoja es que siempre queda al margen de los acontecimientos, a la vez que no existe otro lugar donde ocurre la historia. Lo cotidiano contiene lo tremendo, es decir, lo alberga, incuba y esconde. Si no se le considera, y solo se atiende a la gran historia, esta aparece como un tiempo inhabitable e inhóspito. Es la fuerza de anclaje sin la cual estaríamos presos de incertidumbre y desorientación. Esto nos lleva a una de las cuestiones más polémicas del libro: lo cotidiano posibilita contener el horror que a gran parte de la gente no le sucedió. Rojas invita a no olvidar que cuando los acontecimientos sucedían, la gran mayoría se encontraba en casa. “¿Vivió la dictadura quien no padeció la muerte o desaparición de una persona cercana, quien no fue torturado?” (Rojas, 2024, pp. 73-74). He aquí la experiencia de la zona gris, territorio de una curiosa (ir) responsabilidad, más acá del bien y del mal. Detenerse en él es reparar en lo que no se dijo, no se quiso mirar, se prefirió no saber, ahí donde había señas por doquier.

Una de las hipótesis que se desprenden del libro es que, si la cotidianeidad nunca se interrumpe, el presente alberga y trae dicho tiempo desde la dictadura. ¿Cómo entender que un tiempo caracterizado como corte abrupto y sangriento persista en un ininterrumpido devenir? Una clave para aproximarse a esto estaría en la noción de posdictadura. No se trata de lo que ocurre después de la dictadura, sino de lo que viene desde la dictadura. Nombra el tiempo que se inaugura con la catástrofe, no el tiempo posterior a ella. Si esto es así, no solo la transición, sino la democracia misma porta la catástrofe de 1973. Se marcha dentro de un bucle, no se transita hacia otro tiempo. Ahí donde los tiempos no limitan entre sí, el tiempo post ha nacido en el anterior. De aquí que el libro presente la intuición de que un tiempo termina con el hundimiento del imaginario anterior, no donde comienza el siguiente. Si el tiempo se inaugura con despedidas, no existen acontecimientos históricos inaugurales. Lo tremendo de nuestro

tiempo es que dicho corte no provoca un fin definitivo del pasado, porque el cierre producido aloja al presente dentro de sí. El tiempo pretérito se empieza a considerar como estrato del presente, ahí donde presentimos que los tiempos cargan otros tiempos. Se trata del tiempo de la coexistencia. El problema es que tiende a ocurrir que el presente representa esto desde la culpa, acusándose de olvidar que la catástrofe es su suelo.

Si el tiempo de la dictadura está a tal punto adherido al presente como memoria, esta no tendría sujeto. Es lo que Rojas llama “memoria monstruo”, que sería inapropiable, pues no se deja subjetivar ni traducir como saber. Esto explicaría que las generaciones venideras no se sientan concernidas ni exigidas políticamente por la catástrofe. Hoy el individuo, tomado por las urgencias del día a día, considera que todo el pasado puede no haber sido. Es la situación de un tiempo que no se siente demandado a preguntarse por lo ocurrido. Amnésico, el presente neoliberal no reconoce su inicio en la catástrofe, cree surgir inmediatamente después de ella. Rojas plantea que sería preciso asumir el pasado como verdad del presente, no para distribuir deudas y culpas, sino para transformarse. Esto, pues hoy solo tenemos esos pasados que no dejamos de abandonar.

Lo que en el núcleo del pasado se resiste a la imaginación y las posibilidades del lenguaje es el dolor. La memoria no consiste solo en el relato, pues en ella persiste la intensidad del acontecimiento. Se trata de un afuera del lenguaje, no definido como inenarrable, pues no tiene tanto que ver con el acontecimiento como con el lugar de enunciación del sujeto. Tal vez esto se entienda con la diferencia establecida entre el relato del testigo, convocado para dar cuenta de haber estado ahí, dando la visión misma de los hechos, y el testimonio de la víctima, que en rigor no fue testigo de su aniquilación, fue objeto de la misma. Esta última vivió una experiencia sin sujeto, brutal excepción que consiste en la captura en el cuerpo, producto de una individuación extrema. En estos casos no es el presente el que carece de palabras, antes bien, de pronto en el pasado no las hubo.

Existen acontecimientos que derrotan al lenguaje, hechos cuya sola descripción o relato tornan abyecto el hecho mismo de su enunciación, como si existiese una esencial desavenencia entre el acontecimiento de su violenta degradación de la vida y el coeficiente de significado y de sentido que será propio del lenguaje. (Rojas, 2024, p. 191-192)

El libro hace en este plano una indicación muy relevante: hacer sentir la experiencia de la víctima o hablar por ella, son cuestiones que no solo nunca podrían suceder, sino que no tendrían por qué ocurrir.

Lo anterior no implica que el libro reduzca su reflexión a acontecimientos de violencia vividos por las víctimas. Refiere ante todo a la derrota y fracaso político frente a la reacción imperialista y oligárquica. “Pertenezco a una generación cuya conciencia

política (como conciencia *de* la política) se inaugura brutalmente con el Golpe de Estado de 1973 y el suicidio de Allende" (Rojas, 2024, p. 199). El tiempo de la Unidad Popular se caracteriza por la emergencia autónoma del pueblo en la historia. Como su aparición material transgrede el régimen de distancias y jerarquías, su simple presencia en política es un acto que interrumpe. Es lo inadmisible –en nombre de lo que nacen los discursos– que irrumpen cuando la institucionalidad no es capaz de contener el conflicto. Llega a cuestionar la esencia de la democracia, haciendo manifiesta su teleología de pacificación social, estructural e inevitablemente funcional a las formas hegemónicas del poder. Presenta al orden político como bloque de contención que procura traducir lo imposible en un abanico de posibilidades. Es ante él que las fuerzas reaccionarias responden con insólita violencia en alianza con fuerzas transnacionales. Pero si esto es así, no es la derrota lo que hace historia: es lo imposible como tal, haciendo emergir la no verdad del poder. En un momento el libro se cuestiona la pertinencia de la pregunta ‘qué haría yo en el lugar del poderoso’, sosteniendo que para responderla se requeriría del saber –o no saber– que solo ese lugar proporciona: aquel donde la finitud de la vida desaparece. Decidir sobre las condiciones de existencia o inexistencia de otros implica no tener relación con la realidad de esos otros.

La destrucción no puede pensarse como resultado de la acción de determinados agentes o propósitos. Se trata más bien de la subsunción de los territorios existenciales en el orden global del capitalismo, que procura hacerse de la vida como objeto infinito para operar. El desierto que crece hoy es ‘efecto secundario’ de la explotación de un planeta infinito que no existe. En este punto aparece en el libro una paradójica esperanza, que consiste en que, si la amenaza acontece, nadie se salvará. Solo admitiendo que lo inconcebible sucedió sería posible regresar desde la catástrofe de la historia. Sergio Rojas plantea que el agotamiento de la idea trascendente de humanidad podría implicar el renacer de la historia como conciencia histórica, no pensada desde la fe en el progreso, sino desde la necesidad de un cambio:

cuando el edificio Humanista se ha venido abajo, cayendo sobre los mismos seres humanos, quedando solo formas de “humanitarismo”, comparece en toda su fragilidad el valor de la vida como tal. La paz y la igualdad en el planeta no definen por ahora un futuro verosímil ni una alternativa, sino el modo en que lo imposible se aproxima como la “única salida”. (Rojas, 2024, p. 60)

No se trata de igualdad abstracta ni paz burguesa: refiere a una igualdad real entre seres intrínsecamente extraños. El problema es que hoy seguimos aferrándonos a códigos y categorías en crisis. A ratos pareciera que lejos estamos de la mirada que proporciona el niño, que no es la de alguien que asiste a un acontecimiento novedoso y excepcional. Es la de aquel que incluso experimenta lo viejo con la frescura de la

primera vez. La infancia según el libro es la experiencia del mundo que implica un trato sostenido con lo desconocido. Sin embargo, si este es uno los libros más esperanzadores de Sergio Rojas, es porque en él se insinúa una nueva forma de pensamiento sin sujeto, ahí donde se asume la fragilidad de toda vida, desplazándose la centralidad de los seres humanos y la lucha por el poder entendida como producción de hegemonía.

Referencias

Zambra, A. (2001). *Formas de volver a casa*. Anagrama.